CONCHA ZARDOYA

SEGUNDA ELEGIA A MIGUEL HERNANDEZ
(Fragmento)

Al estallar la guerra, tú sangraste
en todas las trincheras y hospitales.
El gran viento del pueblo, por tus venas,
lloró, gritó, cantó épicamente.
Y viento imprecador alzó tu verso.

La voz de Federico recogiste
con su sangre de mártir en la tuya.
Frutales ambas, puras, florecían
en la sangre del pueblo desbordada.
Tu sangre con su sangre relucía.

Sangrabas con España malherida,
debajo de los techos desplomados,
en vastos cementerios que la luna
no sabía cubrir piadosamente.
¡Vasta fosa de sangre oscurecida!

Sembrador de la sangre te sabías,
pues el tiempo era sangre y circulaba
por tus venas heridas. Y era sangre

la tierra maternal donde caían
los cuerpos desangrados de los niños.

El tren de los heridos fue pasando,
pasando largamente con la sangre
de los pobres soldados que gemían...
Tú, Miguel, suplicabas: "**¡Que detengan
el tren agonizante que no acaba...!**"

Y vinieron tus cárceles... Tu sangre
palideció. El llanto fue poblando
tus venas prisioneras, fue vaciándolas...
El color se apagó, enmudecido.
Se retiró la sangre a la tiniebla.

La celda se hizo íntima... Remoto,
el cielo llueve sangre hacia dentro,
transparente, pausada, lenta, lenta.
El pecho desangrabas sin saberlo.
Y nadie vio tu sangre, lluvia, llanto...

La última canción volvió la sangre
–entre rejas y cepos, cuerpos tristes–
luz de estrellas, en noche sobrehumana,
silenciosa esperanza de tu alma,
la luz del corazón que se paraba.